

Un chico
y su perro
en el
fin del
mundo



C. A. FLETCHER

minotauro

Un chico
y su perro
en el
fin del
mundo

C. A. FLETCHER

minotauro

Título original: *A Boy and His Dog at the End of the World*

© Charlie Fletcher, 2019 / Publicado por primera vez en inglés en Reino Unido en 2019 por Orbit, sello de Little, Brown Book Group, London

© Traducción de Joan-Josep Mussarra Roca, 2020
De la imagen de interior: © Miguel G. Saavedra / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0831-7
Depósito legal: B. 10.570-2020
Preimpresión: Ediciones del Simio
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Capítulo 1

El final

Los perros nos han acompañado desde el principio.

En los tiempos de los cazadores-recolectores, cuando salimos de África y empezamos a dispersarnos por el mundo entero, fueron con nosotros. Vigilaron nuestras hogueras mientras dormíamos y nos ayudaron a cobrar las presas en el largo amanecer, cuando cazábamos nuestros alimentos, cuando aún no los criábamos. Y luego, cuando nos volvimos granjeros, guardaron nuestros campos y vigilaron nuestros rebaños. Cuidaron de nosotros y nosotros cuidamos de ellos. Aún más tarde, cuando levantamos pueblos, ciudades y urbanizaciones, compartieron nuestros hogares y familias. Entre todos los animales que nos han acompañado en el largo camino de los siglos, los perros siempre han sido los más cercanos.

Y los que quedan todavía están con nosotros, aquí, en el fin del mundo. Y es verdad que ya no existen leyes, salvo las que decreta uno mismo, pero te prometo que si alguien me roba a mi perro puede estar seguro de que, por lo menos, iré tras él. Si no fuéramos leales con los que amamos, ¿qué importaría todo? Sería como perder la memoria. Sería como dejar de ser humano.

Sería como morir, aunque sigamos respirando.

Bueno. Lo que te estaba contando. Resulta que el mundo no terminó con una explosión. Ni siquiera con un gemido. No quiero que me entiendas mal. Sí hubo explosiones, algunas grandes, otras pequeñas, pero eso fue al principio, antes de que la gente empezara a comprender lo que sucedía.

Pero en realidad las explosiones no fueron el final. Eran síntomas, no causas.

El final de verdad fue la Castración, aunque nunca se haya sabido qué la provocó, ni si habríamos tenido tiempo para hacer algo. Por aquel entonces circularon tantas teorías como personas sin hijos: un estallido de rayos cósmicos, un arma química que se descontroló, polución (es que, colegas, dejasteis vuestro mundo hecho un desastre), una especie de mutación genética transmitida por un virus del espacio, e incluso unos dioses enfurecidos del tipo que fueran. Eso lo pensaron los que practicaban alguna religión. El «cómo» y el «porqué» fueron perdiendo importancia a medida que la gente se acostumbraba al «qué», y se daba cuenta de que el «cuándo» que iba a ser el gran final se acercaba como un frente de tormenta del que no iban a poder escapar ni siquiera los más veloces, ni los más ricos, ni los más inteligentes, ni los más poderosos.

El mundo —en su aspecto humano— había padecido una castración, o se había vuelto estéril —quizá ambas cosas a la vez—, y el caso es que la gente dejó de tener hijos. Bastó con eso. La generación de los últimos nacidos —el Baby Antiboomb, como lo llamaban ellos mismos, para demostrar que la ironía sería una de las últimas cosas en morir— envejecieron y envejecieron hasta que murieron, como siempre habían muerto los seres humanos.

Y en cuanto hubieron muerto, todo terminó. Sin explosiones, sin gemidos siquiera. Más bien con un suspiro de cansancio.

Fue un apocalipsis dulce. Y aunque probablemente resultó muy amargo para las personas que lo sufrieron, tuvo lugar. Y ahora los pocos que quedamos —y que somos cada vez menos— estamos solos, atrapados aquí, en el después.

¿Cómo es posible que te cuente todo esto sin haber muerto yo mismo? Porque soy una de las excepciones que confirman la regla. Se calculó que quizá un 0,0001 por ciento de la población mundial escapó a la Castración. Los llamaban «los atípicos». Eso significa que si antes de la Castración había 7.000.000.000 de personas, menos de 7.000 podían tener hijos. Uno por millón. Según como lo mires, porque como en realidad se necesita a dos personas para hacer un niño, sería más bien una de cada dos millones.

¿Quieres saber cómo se me aplica eso de «atípico»? Tú, en una foto vieja que tengo de ti, llevas puesta una camiseta con el nombre de un club de fútbol todavía más viejo. Se te ve muy feliz. Yo en toda mi vida no he conocido personas suficientes como para formar dos equipos de fútbol y jugar un partido. El mundo ha quedado así de vacío.

Si esto fuese un relato de verdad, quizá todo empezaría con una situación tranquila y se iría desarrollando hasta llegar a un cataclismo, y tal vez un héroe, o un puñado de héroes, se enfrentarían a ese cataclismo. He leído muchas historias de ese tipo. Me gustan. Sobre todo esas en las que se junta un grupo con muchas personas, porque la misma idea de un grupo con muchas personas me resulta interesante. Es algo que no he visto en toda mi vida, aunque sí haya presenciado muchas otras cosas.

Pero esta historia no es de ese tipo. No me la he inventado. Voy a escribir lo que ocurrió en realidad, contaré lo que sé, explicaré lo que tuvo lugar. Y todo lo que sé, incluso mi propio nacimiento, tuvo lugar mucho más tarde que ese apocalipsis tan plácido.

Tengo que empezar por explicar quién soy. Soy Gris. No es mi nombre de verdad. Tengo otro más bonito, pero siempre me han llamado así. Dicen que cuando era un bebé lloriqueaba y me quejaba sin cesar. Empezaron a decirme que mi humor era como el de un día gris, y a llamarme Día Gris, y ahora que soy mayor me llaman simplemente Gris. Ya no lloriqueo. Papá

dice que soy paciente y que eso es bueno. «Paciente» quiere decir que no me quejo mucho. Dice que le parece que agoté todas mis quejas antes de aprender a hablar, y que ahora, aunque le hago muchas preguntas, por lo general me adapto a todo. Dice que eso también es bueno. Y lo es. Quejarse no sirve de nada.

Y siempre tenemos mucho que hacer. Aquí, en el fin del mundo.

Aquí está mi hogar, y mi hogar es una isla, y somos mi familia. Mis padres, mi hermano y mi hermana, que se llaman Ferg y Bar. Y los perros, por supuesto. Mis dos perros son *Jip* y *Jess*. *Jip* es un terrier de patas largas marrón y negro, con el pelo áspero y unos ojos que no pierden detalle. *Jess* es alta como *Jip*, pero tiene el pelo suave, el cuerpo más estrecho por los hombros y una mancha blanca en el pecho. Los dos, hermano y hermana, son de raza mezclada, iguales pero distintos. *Jess* es una rareza, porque parece que hoy en día las crías de perro sean todas macho. Puede que eso también tenga que ver con la Castración. Tal vez el desastre que nos afectó también los afectara a ellos, pero menos. Hoy en día nacen muy pocas perras. Tal vez sea un inconveniente que han encontrado los perros, un castigo por su lealtad, un daño colateral a escala cósmica, un daño injusto, por haber estado a nuestro lado durante todos estos siglos.

Somos los únicos seres humanos en toda la isla, y eso está bien, porque es una isla pequeña y nos viene bien a los cinco, aunque a veces pienso que nos vendría mejor y no resultaría tan claustrofóbica si fuéramos seis. Se llama Mingulay. Así es como se llamaba cuando tú vivías. Se halla en la costa atlántica de lo que en otro tiempo fue Escocia. Más al oeste no hay nada, excepto el océano y América, y estamos seguros de que allí tampoco queda nada.

Al norte se encuentran Pabbay y Sandray, unas islas bajas donde llevamos a apacentar las ovejas y los caballos. Más al norte se encuentra la isla más grande, llamada Barra, pero nunca vamos allí, y es una lástima, porque allí hay muchas casas y construcciones de gran tamaño, pero jamás hemos puesto el

pie en ella, porque ocurrió algo y sus tierras son malas. Se hace extraño que durante toda la vida hayamos navegado frente a una isla tan grande que incluso tiene un pequeño castillo en el centro del puerto y nunca desembarquemos. Es como un picor que tienes en un lugar donde no puedes rascarte. Pero papá dice que si pusiéramos pie en Barra sufriríamos algo mucho peor que un picor, y que como es eso lo que mató a sus padres, no vamos. Es una isla de infortunio y las únicas criaturas que aún viven en ella son los conejos. Parece que no gusta ni siquiera a las aves, ni siquiera a las gaviotas. No hemos visto nunca que se posaran sobre las arenas húmedas que cada cierto tiempo cubre la marea.

Al nordeste de donde vivimos nosotros se encuentra una serie de islas bajas llamadas Uist, y también Eriskay. Son sitios más felices y vamos allí muy a menudo, y aunque ahora ningún ser humano vive allí, hay mucha vida salvaje y campos donde crecen patatas. Una vez al año vamos allí y acampamos durante una semana, más o menos, y cogemos cebada y avena de lo que habían sido terrenos cultivados junto al mar. Y en ocasiones vamos a vikinguear. Mi padre llama «vikinguear» a navegar durante más de un día y dormir fuera de casa, y dedicarnos al pillaje como los marineros de antaño que salen en los libros, con sus drakares y sus gestas heroicas. Pero nosotros no somos héroes. No somos más que carroñeros que tratan de sobrevivir, que buscan cosas útiles que se hicieron en el mundo antiguo y que se han conservado, piezas de repuesto y materiales que podemos llevarnos de las casas abandonadas. Y libros, por supuesto. Los libros pueden ser muy útiles, siempre que se hayan salvado de la humedad y las ratas. Pueden llegar a durar cientos de años sin ninguna dificultad. Leer también nos ayuda a sobrevivir. Nos ayuda a saber de dónde venimos, cómo hemos llegado hasta aquí. Y sobre todo a mí, aunque lo único que haya conocido en toda mi vida sean estas islas bajas y vacías. En cuanto levanto la cubierta de un nuevo libro, es como si abriese una puerta por la que puedo viajar muy lejos por el espacio y por el tiempo.

Incluso el mar inmenso y el cielo abierto resultan claustrofóbicos si no logramos escapar de ellos.

En fin, ese soy yo. Y ahora tendríamos que saber quién eres tú. En algún sentido tú ya sabes quién eres, o por lo menos, supiste quién eras. Porque estás muerto, por supuesto, como casi todos los seres humanos que han caminado por el planeta, y además llevas mucho tiempo así.

¿Y por qué le hablo a una persona muerta? Ya volveremos sobre esa cuestión. Pero ante todo tenemos que continuar con esta historia. He leído lo suficiente como para saber que tengo que explicarla a medida que avanzamos.

Capítulo 2

El viajero

Creo que no nos habríamos fiado tanto de él si no hubiera navegado con velas rojas.

La embarcación se veía desde muy lejos, mucho más lejos de lo que se habrían visto unas velas blancas contra las pálidas brumas del noroeste. Aquellas velas rojas eran un estallido de color que llamaba la atención y capturaba la mirada, como un grito repentino al cabo de un largo silencio. No eran las velas de una persona que trata de atacar a traición. Tenían la honrada brillantez de la amapola. Quizá por eso confiamos en él. Por eso y por su sonrisa, y por sus historias.

No te fíes de nadie que te cuente buenas historias. Al menos mientras no sepas por qué te las cuenta.

Había subido hasta lo más alto de Sandray cuando divisé las velas. Me había fatigado y estaba de mal humor. Había empleado toda la mañana en rescatar un ancla que la semana anterior se había soltado del bote de Ferg. Era una labor dura y pensaba que tendría que haberla hecho él. Pero Ferg decía que sus oídos no le permitían bucear a la misma profundidad que yo y que las anclas no crecían en los árboles. Después de eso, me había empeñado en rescatar a un carnero que se había caído y quedado atrapado en una estrecha grieta entre

las rocas que se alzaban frente a los pastos. El animal no había sufrido heridas graves, pero era tozudo e ingrato, igual que la mayoría de los de su especie, y no se dejaba atrapar por mi cuerda. Me golpeó en dos ocasiones con las patas traseras. La primera vez me dio en el mentón con tanta fuerza que se me astilló una de las últimas muelas del lado derecho de la mandíbula inferior. Solté una palabrota y volví a intentarlo. Tenía unes feas heridas en los nudillos, porque a continuación las patas del animal me habían aplastado los nudillos contra la roca, y entonces me incorporé, me pasé la lengua por el puño y empecé a gritar palabrotas de verdad. Fue entonces cuando vi su embarcación.

La súbita aparición de aquella mancha de color me detuvo en seco.

Me asombré tanto que no se me ocurrió relacionar el sabor de la sangre con el color rojo de las velas. Pero, por otra parte, no suelo tener ese tipo de presentimientos. En ese sentido no me podía comparar con mi otra hermana, Joy, que siempre parecía adivinar si alguien estaba a punto de volver a casa y olía la llegada de la tempestad en un día luminoso. Ahora ya no creo mucho en ese tipo de cosas, aunque sí creía cuando tenía menos años y pensaba menos, cuando correteaba con ella por la isla, feliz y sin más preocupación que saber a qué hora cenaríamos. En aquellos tiempos, su capacidad de prever el futuro me parecía algo tan cotidiano y auténtico como el agua fría del manantial que brotaba detrás de la casa. Luego me hice mayor y empecé a pensar más, y llegué a la conclusión de que sus presuntas dotes adivinatorias no eran más que pura suerte, y dado que Joy desapareció para siempre en el negro acantilado que se levantaba a un lado de la isla, me pareció una suerte muy poco digna de confianza.

Si de verdad hubiese tenido poderes para prever el futuro, no habría tratado de recobrar la cometa, ni se habría matado al despeñarse en aquel instante brutal y solitario. Si hubiese podido prever el futuro, habría esperado a que regresáramos a la isla y pudiéramos ayudarla. Vi la cometa atrapada en la grieta

y me di cuenta de que podríamos haberla alcanzado con el azadón largo, y que nadie habría sufrido ningún daño. Pero lo que hizo fue tratar de recuperarla por sí misma y se cayó al vacío, a más de doscientos metros por encima del lugar donde olas que habían cobrado fuerza a lo largo de dos mil millas marinas se estrellaban contra el primer objeto inamovible que encontraban: la oscura pared del acantilado que se halla detrás de nuestra casa. Pero no quiso esperar a que la ayudásemos. Siempre era impaciente. Una criaturilla obstinada que siempre tenía prisa por ponerse a la altura de Ferg y de Bar y hacer lo mismo que ellos, aunque fuera mucho más joven. Mucho después, Bar dijo que casi parecía que siempre hubiera tenido tantas prisas porque presentía que le quedaba menos tiempo que al resto de nosotros.

No encontramos el cuerpo. Y con la desaparición de Joy también desapareció mi niñez, aunque por aquel entonces contaba ocho años, y ella tan solo uno más. Dos cumpleaños más tarde, cuando yo ya tenía un año más de los que ella iba a tener jamás, mi cerebro ya era lo mismo que ahora: plenamente adulto. Si bien ahora, muchos años después de aquello, Bar y Ferg todavía me tratan como si fuese un bebé. Pero es que tenían seis y siete años más que nosotros. Por ello, Joy y yo siempre fuimos los bebés. Nuestra madre nos llamaba así para distinguirnos de los otros dos.

Pero después de que Joy cayera al vacío, mamá no volvió a llamarnos de ningún modo. Dejó de hablar. La encontramos a medio camino en la ladera que bajaba desde el acantilado y también estuvimos a punto de perderla. Por lo que llegamos a entender, se había echado a correr ladera abajo, a ciegas, quizá enloquecida por el dolor, quizá porque quería llegar al bote con la esperanza absurda, y condenada al fracaso, de salir al agua y navegar contracorriente en torno a la isla hasta encontrar a una niña que no podía haber sobrevivido a la caída. No volvió a hablar porque se cayó hacia delante y se golpeó la cabeza contra una roca y casi se le reventó el cerebro. Se le había abierto una herida en la sien y le salía sangre aguada por los oídos.

Aquel fue el peor de nuestros días, aunque los que vinieron después no fueran mucho mejores. Mamá no murió, pero ya no estaba. Su cerebro tenía demasiadas heridas, o demasiadas cicatrices como para que pudiera salir de su ensimismamiento. Papá dijo que en el Antes la habrían llevado a un hospital y le habrían operado el cerebro para aliviar la presión. Pero estamos en el Después, así que papá se decidió a hacerlo él mismo con un taladro de mano. Lo habría hecho si hubiera sido capaz de encontrarlo, pero el taladro no estaba donde debería haber estado, y entonces mamá dejó de sangrar y durmió durante mucho, mucho tiempo, y el líquido dejó de rezumarle de los oídos, así que tal vez fue mejor que papá no tratara de abrirlle un agujero en el cráneo para salvarla.

Espero que así sea, porque sé muy bien que Ferg escondió el taladro. Vio que yo lo veía, pero nunca hemos hablado de ello. Si habláramos, le diría que lo admiro por lo que hizo, porque papá habría matado a mamá y después habría tenido que vivir con ese horror, aparte de todo lo demás. Y aunque mamá se quedara encerrada dentro de su cabeza, aún podemos sentarnos a su lado y cogerle la mano, y a veces mamá nos estruja la nuestra y casi sonrío, y eso es reconfortante, ese trocito fantasmal de mamá que todavía existe, el calor de su mano, la piel contra la piel. Papá dice que ese día fue el más terrible que hayamos vivido y que ya lo hemos dejado atrás, y que ahora tenemos que salir adelante y vivir, igual que a gran escala el mundo sufrió lo más terrible que podía sufrir y de todos modos ha seguido existiendo.

A veces la coge de la mano cuando es de noche, junto a la hoguera, cuando piensa que ninguno de nosotros se da cuenta. Lo hace cuando nosotros no estamos, porque piensa que lo interpretaríamos como un signo de debilidad. Un hombre adulto que necesita un momento de calor. Quizá sea así. Pero quizá la verdadera debilidad consista en ocultar esa necesidad. Eso es lo que Bar le dijo a Ferg una noche en la que estaba triste y nadie se dio cuenta de que yo escuchaba.

Habría tenido tiempo suficiente para abandonar el carnero, llamar con un silbido a mis perros para que dejaran de cazar conejos y navegar la milla escasa que me separaba de mi hogar para advertir a los demás antes de que el viajero llegase a tierra. Podría haberme tomado mi tiempo, porque los agudos ojos de Bar también habían visto las velas rojas y mi familia ya estaba a la espera, lo que quiere decir que Bar y papá estaban en la orilla y Ferg no estaba con ellos. Bar no estaba convencida de que fuera necesario que Ferg se escondiera y vigilara con la escopeta, porque pensó que la embarcación que navegaba con velas rojas se parecía a la de los de Lewis, y que tal vez lo único que ocurría era que los de Lewis habían encontrado unas velas nuevas. Los de Lewis eran una familia de seis personas que vivía cinco islas más al norte. Eran los seres humanos más cercanos que conocíamos, y los conocíamos bien. Bar se había recogido los cabellos en una larga trenza que le llegaba hasta la cintura y con el tiempo se emparejaría con uno de los muchachos. Así lo había decidido, pero como Bar era Bar y siempre tenía que ir a la contra, decía que no veía por qué tenía que darse prisa en elegir a uno de los cuatro. Al fin y al cabo no iban a marcharse, y tampoco quedaban más chicas con las que pudieran emparejarse. Se trataba de una familia con inclinaciones prácticas y a veces uníamos fuerzas para realizar tareas para las que no bastaban cuatro pares de manos, pero no aceptamos nunca su propuesta de ir a vivir más cerca de ellos, y a ellos jamás se les ocurrió tampoco mudarse más al sur. O si se les ocurrió, no les gustó la idea. Pero eran nuestros vecinos y no había otros seres humanos en más de ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Nosotros los llamábamos los de Lewis, aunque en realidad su apellido era Little. Y cuando las velas rojas se acercaron todos nosotros vimos que Bar se había equivocado, que la embarcación que navegaba bajo las velas rojas era distinta. Era más grande y el hombre que llevaba el timón tenía cabellos largos que ondeaban al viento cual gallardete. Todos los de Lewis se cortaban el cabello casi al cero por motivos de higiene, incluso Mary, la madre, aunque

de todos modos ya parecía más hombre que mujer, aunque hubiera dado a luz a cuatro muchachos.

El viajero de cabellos largos era el único que se hallaba en la embarcación, aunque esta, a primera vista, parecía demasiado grande para una sola persona. Viró limpiamente hacia las aguas menos profundas que se hallaban al socaire del pequeño promontorio que se erguía en nuestra playa. Demostró que tenía buen ojo para encontrar el sitio donde echar el ancla, y mientras anclaba, nos saludó. Su voz era ronca pero fuerte, y nos dijo que quería desembarcar, si se lo permitíamos. Venía con mercancías que quería intercambiar y conocía nuestro paradero gracias a los de Lewis, de quienes se había separado dos días antes. Nos traía una carta de ellos y la agitó en el aire. El papel blanco destacaba contra el mar cada vez más oscuro a sus espaldas.

Papá le hizo señas para que se acercara, y entonces el hombre arrió un pequeño bote por un costado de su embarcación y remó hasta la playa. Lo ayudé a bajar y tiramos del bote hasta que sobrepasó la línea superior de la marea.

Sentí la mano de papá sobre el hombro, como una advertencia, como para prevenirme contra mi excesivo entusiasmo y mi falta de prevención, pero luego me revolvió el cabello corto que tengo en el cogote. Solo lo hace cuando se siente bien.

Me llamo Abraham, dijo papá, al tiempo que le hacía un gesto con la cabeza al desconocido. Puedes llamarme Abe. Y este es mi muchacho, Gris.

Hola, Gris, dijo a su vez, con una sonrisa que me gustó desde el mismo momento en que dividió la espesa barba pelirroja con su blanco fulgor. Y entonces, antes de que pudiera preguntarle su nombre, los perros vinieron disparados a acorralarlo. Ladraron y gruñeron, y vinieron hechos una enorme maraña de dientes y colas, y entonces, cuando el hombre se arrodilló para saludarlos, empezaron a menear la cola y los gruñidos se transformaron en gañidos, porque todos y cada uno de los perros parecían deseosos de que el desconocido que había llegado por el mar les diera palmadas y los acariciara. Sabía cómo tratar

a los perros y nos dijo que había perdido al suyo tan solo unas semanas antes. Se había caído por la borda durante una tormenta en el cabo y lo echaba en falta como si hubiera perdido un brazo. Era una perra medio husky y se llamaba *Saga*, y dijo que era inteligente como un hombre, blanca, negra y parda, con un ojo castaño a juego con las orejas y el otro azul a juego con el cielo. La llevaba dentro del pequeño camarote para que no corriera peligro, pero entonces la embarcación topó con una ola de dimensiones mucho mayores de lo habitual y el hombre se cayó y se hizo daño, y *Saga* lo oyó gritar de dolor y, como era una perra inteligente, se arrancó la correa con las patas y salió corriendo a ayudarlo. La siguiente ola se la llevó por la borda y el hombre no volvió a verla, ni siquiera llegó a distinguir su cabeza entre las montañas de agua que se erguían tras la popa, y el viento lo empujó tan lejos que ya no le quedó ninguna posibilidad de encontrarla. Nos enseñó la cicatriz que tenía en la cabeza, y la gentileza con que acariciaba el pelambre de nuestros perros mientras hablaba nos dio a entender que su dolor era mucho más profundo que las heridas en la piel que ya habían sanado.

Como te decía antes, era una buena historia. Y más adelante descubrí que una parte de lo que nos había contado era verdad. La perra con un ojo castaño y otro azul, inteligente como un hombre, era tan verdad como la propia muerte.

Me imagino que conocer a una persona nueva no debía de resultarte tan interesante como a nosotros. Tú viviste en un mundo en el que continuamente aparecían personas nuevas. Si estabas en una ciudad, la muchedumbre debía de girar a tu alrededor como un gran banco de caballas y tú debías de ser tan solo uno entre miles, o millones, y seguro que estabas encerrado a solas en tus propios pensamientos. Pero al mismo tiempo formabas parte de algo mucho más grande. Aquí, ver una cara nueva es un acontecimiento, casi un trauma. Las personas nuevas son tan escasas que es lo mismo que si encontráramos una especie animal totalmente desconocida. El viajero no se

parecía a nadie que hubiera conocido jamás. Para empezar, sus largos cabellos eran abundantes, ondulados, y tenían el color de las llamas. Era pelirrojo. Había leído sobre ellos y los había visto en fotografías de colores desvaídos, pero jamás había conocido a ninguno en la vida real. Sus cabellos eran de un color sorprendente, tan extraño y violento como las explosiones de flores anaranjadas que habíamos presenciado en las otras islas, siempre cerca de antiguos jardines. Mi madre, cuando aún hablaba, las había llamado safrán¹. Conocía todas las flores y las plantas. Bar me dijo que mamá le había contado que los safranones no eran nativos de las islas, pero eran duros y resistentes, y por eso habían sobrevivido igual que nosotros. Y el hombre no tenía tan solo los cabellos rojos, sino también la barba roja, como una cortina de pelo que le colgaba de la cara hasta la misma altura que los cabellos que le colgaban de la nuca. Su piel era pálida, pero se había curtido a la intemperie, y sus ojos, que observaban el mundo bajo el alto acantilado de su frente, eran de un color azul peligroso. No sé por qué pensé que el azul era peligroso, pero esa es la palabra que me vino a la cabeza en cuanto los vi. Quizá porque entonces se volvieron hacia mí y hubo un momento, antes de que se diera cuenta de que lo observaba, en que los vi sin la sonrisa que al instante volvió a aparecer en su rostro, y sé que todo esto lo pensé entonces y que no me lo imaginé luego, cuando ocurrió lo que ocurrió. Pensé sin lugar a dudas que eran de un color azul peligroso, pero luego llegué a la conclusión de que lo mejor sería dejarlo correr.

Quizá tú, que habitabas un mundo repleto de variedad y posibilidades de elegir, tenías más costumbre que yo de fiarte de tus entrañas cuando conocías a alguien. Yo apenas si tenía —y sigo sin tener— a nadie con quien comparar a las personas que me encuentro. Por ello, cuando al cabo de un instante me sonrió, descarté el azul peligroso y llegué a la conclusión de que me había llevado esa impresión tan solo porque era distinto. Por el color azul. Porque hasta entonces solo había visto ojos

1. El error es deliberado. [N. del T.]

castaños y verdes. Y cuando sonreía, sus ojos no parecían fríos en absoluto, pero quizá era por eso por lo que resultaba difícil hacerse una idea completa de él, porque ambos elementos se superponían, el fuego de sus cabellos y el temblor del hielo en sus ojos. El rostro que era duro como un martillo cuando no sonreía, y la sonrisa que parecía prestar calidez al mundo cuando se dirigía a ti.

Las primeras palabras que le dije fueron pareces un vikingo. Y lo parecía. Lo había visto, o más bien había visto caras parecidas a la suya en libros de historia e ilustraciones antiguas. Hombres que llevaban cascos con cuernos y empuñaban hachas, y se dedicaban al saqueo.

Y lo que me dijo entonces aquel hombre que había venido navegando desde el norte fue:

¿Qué es un vikingo?

Lo que demuestra que incluso una pregunta puede ser una mentira si se pregunta de una determinada manera.